

pero públicamente, dado al viento de cada día las hojas de la confesión íntima de su vida" (**Una vida sin historia: Amiel**, p. 486).

Armando Zubizarreta G.

MIGUEL DE UNAMUNO, **De esto y aquello**, t. IV. Buenos Aires, Sudamericana, 1954, 637 págs.

Haremos una rápida incursión por el cuarto tomo de la recolección que hace García Blanco, con el ánimo de destacar algunos puntos interesantes que despierten el interés y orienten al lector.

De la vida y obra de Unamuno nos revela mucho este tomo en los artículos **Monodílogo** y **Literatura y Política**, ambos del 1922. Don Miguel piensa que la acción del escritor debe ser libre, y no de partido, para poder advertir y anunciar con sinceridad y sin banderizarse los problemas. El escritor será siempre heterodoxo, confiesa. Así nos lo encontramos con su actitud irreductible y señera en la política de su patria. **Políticos y literatos** (1904) nos reafirma en la importancia que tuvo el argentino Sarmiento para la más alta figura del 98. En **Cantar es sembrar** (1935) se percibe ya claramente su desengaño político; sin embargo, su concepción de la literatura como **officium**: "El escribir es el oficio, es el deber, es la obligación para con la comunidad humana, en la que vivimos, nos movemos y somos" (**El oficio de escribir**, 1924, p. 617, 618) lo obliga a la producción de una literatura activa. Cabe observar en esta declaración el sentido de mística social que tenía y que quizá estaba muy relacionado con su sentido místico de la vida. Pero de otro lado no olvidaba el valor de las relaciones personales: "...mi pensamiento es verbal; no sé hablar si no veo unos ojos que me miran y no siento tras ellos un espíritu que me atiende" (**Desde la soledad**, 1904). El prójimo, para Don Miguel, no se diluía, en la sociedad y constituía un elemento esencial de su gran diálogo permanente.

Encontramos en **Oración** (1916) su concepción espiritualista de la historia. En **La vida tranquila** (1924) distingue claramente entre existencia y vida que se vive, entre durar y vivir. Un aliento vitalista termina por hallar plástica expresión cuando dice: "No; no hay más obra que la vida para cada uno" y más adelante "El hace su obra, pues, que hace su vida y se hace a sí mismo" (**La vida y la obra** (1919). Un detalle de léxico que sería interesante analizar en relación a Ortega es el empleo del término **circunspeccionar** en 1912 (**La viuda de D. Demetrio**). Y a propósito de Ortega y de todo lo que sabemos sobre las relaciones entre ambos personajes, es realmente útil fijarnos en el calificativo de **el maestro** que le otorga Unamuno al escribir el artículo **Eso no es revolución** (1933) en el que glosa a Ortega. Una gran amplitud de espíritu demuestra este hecho y nos descubre un factor de evolución ideológica en los últimos años de su vida. Habría que recordar lo que nos dice Cajal sobre el terror que Unamuno tenía a la fosilización mental.

Reforzaremos en esta oportunidad un juicio vertido en nuestra revisión del tomo anterior de estos ensayos. Para entender la fobia que Unamuno tuvo por el **sentido común** y cómo lo opuso al **sentido propio**, "personal", conviene leer los artículos **La paradoja** (1908), **Modernismo y actualidad**, **Tipo y estilo** y **Hacerse un alma** (estos últimos del año 1924).

En este tomo debe repararse en **El guía que perdió el camino** (en **Diálogos del escritor y el político**, 1908) que, como anota García Blanco, tiene relaciones con la novela **Don Miguel Bueno y Mártir** de 1933. Asimismo el ensayo **Conversación** de 1917 contiene un planteamiento de la idea central de la novela **Abel Sánchez** del mismo año. Si analizamos **Crisis y mixis** (**Diálogo esotérico**) de 1922 le encontraremos relación con el **Abel Martín** y **Juan de Mairena** de Antonio Machado, quien, de otro lado, llamaba a Unamuno "el querido maestro", de ninguna manera el menor de los cuatro grandes Migueles españoles: Cervantes, Servet, Molinos y Unamuno (**Abel Martín**, Bs. As. **Losada**, 1943, págs. 139-141). Asimismo conviene reparar en la importancia que tiene **Literatura de modistería**, (1920), para estudiar las relaciones entre modernismo y 98.

Poco ofrecen, en verdad, los artículos recogidos bajo epígrafes que aluden al estudio. Se puede, sin embargo, espigar opiniones sobre el lenguaje y sus relaciones con la lógica y el razonamiento en **Diálogos sobre el escritor y el político**, I (sobre la metáfora y el raciocinio en el tercero de estos diálogos), **Del dolor, de la soledad y de la lógica, con otras cosas**. Sobre la lengua portadora de una singular cosmovisión en **Conversación**, **Lengua y estilo** y **Traducir el estilo**. De singular valor es la declaración: "...empecé diciendo que en otras lenguas podía, aunque sea mal, vestir mi pensamiento; pero que sólo en la mía, en la española, puedo desnudarlo" (p. 601), donde considera que la **transparencia expresiva** es posible solamente a través del idioma propio.

También podemos cosechar confesiones que aluden a las formas de actividad creadora en **Al borde** (1914), **¡Ensimismate!** (1913) **En la paz de la guerra** (1915). Sus consideraciones sobre el monólogo que es verdadero monodialogo o autodiálogo, diálogo consigo mismo, revelan el fondo agónico de su personalidad como observa G. B. (pról. págs. 12 y 13). Remite G. B. al prólogo de la edición española de **La Agonía del Cristianismo**, donde Unamuno define el monólogo. En el tomo que comentamos se halla un apartado de "monodialogos", gérmenes de novelas, revelaciones de su espíritu dialéctico y que también proporcionan abundantes confesiones íntimas.

Sobre las relaciones de Unamuno con América encontramos muchos datos. Algunos pueden ser recogidos en **Políticos y Literatos** (1904) donde medita sobre la figura ejemplar de Sarmiento. En **Estilo y carácter** (1924) vuelve a recordar al argentino y a su **Facundo**. De las profundas relaciones entre Sarmiento y Unamuno ya nos ha dado suficiente luz Dardo Cúneo en su **Sarmiento y Unamuno** (Bs. As. **Poseidón**, 1949). Era, en verdad, una relación cordial y no, como afirmaba Baroja, interesada.

Como vemos, estos ensayos recogidos con cariñoso esmero por García Blanco nos irán ayudando a tener una visión más completa del rector salmantino. Esperamos con verdadera impaciencia los tomos siguientes.

Armando Zubizarreta G.

SERRANO PONCELA S.. *El pensamiento de Unamuno*. México, FCE, p. 1953. 265 págs.

La colección Breviarios del FCE nos ofrece uno de los más sesudos trabajos que sobre la principal figura del 98 se ha escrito en los últimos tiempos. Visión cordial y comprensiva, con verdadero espíritu científico y alejada de la tentación de la diatriba política o religiosa. No es una reseña la que podría darnos lugar para un análisis minucioso del libro, ni para una fructífera discusión con el autor. Exige la obra una meditación constante sobre sus afirmaciones, recogiendo sus esquemas o rectificándolos, pero siempre aprovechando una visión erudita, sistemática y fiel, en cuanto es posible serlo, al personaje estudiado.

En el primer capítulo: *El hombre y su mundo*, describe la infancia de Unamuno, sus años de instituto, de universidad, de docencia universitaria, su vida de lecturas y su vida política. Ofrece detalles interesantes como aquel de que Unamuno fuera "el narrador" entre sus compañeros de colegio, o acontecimientos reconocidos ya por la crítica como de gran importancia: el "sitio" de Bilbao y su destierro. Se refiere a la circunstancia generacional, habla de las ciudades en que se desarrolló su vida: Bilbao, tierra natal, Madrid, capital cosmopolita, Salamanca, piedra y pensamiento. Alude a múltiples polémicas y a las relaciones con Ortega. Aprovecha S. P. dos autorretratos de Unamuno en dos épocas distintas de su vida, y lamenta la falta de publicación de epistolares inéditos que permitirían una "biografía espiritual" (p. 15).

Serrano Poncela incurre en juicios quizás apresurados, como el que hace sobre *Recuerdos de niñez y mocedad*, juicio que después generaliza refiriéndola al carácter español en la nota de la página 11. Lo autobiográfico reboza en Unamuno tanto como en cualquier español a través de toda la obra. No hay que desconcertarse, pues, por un título que, pese a prometer *memorias*, no las ofrece. S. P. considera que el *Cancionero*, entonces inédito, contiene la mejor poesía que se ha escrito en España durante el último medio siglo (p. 25). No negamos el valor de la poesía de Unamuno bastante reconocido ya por sus contemporáneos y por la crítica, pero un juicio tan exaltado nos parece desmesurado. Hace referencia también al *castellano aprendido* de Unamuno (p. 34), incurriendo en un lamentable error. De otro lado, deja algunas lagunas: en el vasto panorama de las lecturas de Unamuno, no siempre abarcado íntegramente, olvida, entre otras, las lecturas bíblicas.

Documentación abundante, ensayo de dar un panorama completo, juicios valiosos encontramos en este capítulo. Hay que destacar que señala con toda precisión las relaciones entre el pensamiento de Ortega y el de Unamuno que